

Manifesto Pesimista

Arik Eindrok

Soy pesimista porque, de otro modo, ya estaría muerto.

I

El simple hecho de existir, en sí mismo, denota la más fehaciente prueba de que no poseemos libre albedrío en absoluto y de que no somos sino triviales marionetas de un desconocido creador o destino que actúa, casi siempre, del modo más irónico posible.

Para las personas, siempre será mejor intentar ser importantes para otros que para ellas mismas, así de absurda es la condición humana.

Todo se desfragmentaba a mi alrededor mientras permanecía ahí tirado, el tiempo se detenía y el espacio se contraía. Todo fundía a negro y a silencio, no había más personas ni sonidos. La serenidad de aquel escenario me asombraba al mismo tiempo que me espantaba, pero sabía que, de algún modo, era algo que debía acontecer. Me había finalmente dissociado de lo que más detesté y maldije en toda mi vida: yo.

Nos pasamos la vida planteándonos supuestos objetivos que, una vez cumplidos, hacen que nos sintamos tan aburridos e insatisfechos. Es casi como si el conseguir las nos quitara un pedazo de vida y, cuando ya no queda nada que quitar, simplemente está ahí la muerte aguardando sonrientemente. Y es casi como si con su sonrisa nos anunciara lo ridículamente carente de sentido de todo lo que creímos haber logrado en nuestro patético trayecto por este mundo abyecto.

Ya que no podemos acabar con esta realidad ni con todos sus absurdos elementos y sus repugnantes habitantes, al menos debemos intentar acabar con nosotros mismos, aunque quizá no haya ya nada por acabar, pues ya la vida ha acabado con nosotros antes que la muerte.

Había algo extraño en mí, algo que no estaba bien. No me sentía como el resto, aunque tal vez lo era. Pero era simplemente que no podía aceptar la existencia como todos lo hacían, de esa forma tan sumisa y calmada. Lo que yo sentía era ganas de ahorcarme, de cometer todo tipo de actos sangrientos, de asesinar a mis semejantes y de explorar dimensiones más allá de esta. Lo que yo necesitaba no eran sermones, profetas ni libros, sino una mínima prueba de que esta vomitiva existencia era más que solo cotidianidad, aburrimiento e irrelevancia.

El sonido de las ballenas voladoras con infinitas bocas llegaba a mis oídos de regiones desconocidas, pero mucho más reales que esta miserable realidad. Su canto y ritmo eran tan desconcertantes y hermosos que me

incitaban ideas descabelladas, aunque me fascinaba escucharlas. La última melodía antes del colapso me indicó una tarea más que divina: exterminar a la raza humana era la forma en la que podía llegar, algún día y en otro universo, a convertirme en un dios tras mi encantadora muerte.

Si fuéramos plenamente conscientes de la rapidez con que se esfuma nuestra patética estancia en este mundo, trataríamos desesperadamente de hacer que cada segundo valiera lo mismo que mil años y que cada momento fuera tan memorable como la eternidad.

Lo que yo necesitaba no tenía nada que ver con las cosas o las personas de este mundo. ¡No, claro que no! Pues, en realidad, lo que yo necesitaba iba más allá. Lo que yo necesitaba era acaso algo más intrincado: necesitaba otro mundo totalmente opuesto a este.

Quien se suicida es un tal vez cobarde, pero quien no lo hace es, con toda seguridad, un imbécil. En el primer caso, podemos hablar de cobardía en el sentido de una elección que debía haberse tomado mucho antes; en el segundo, empero, de la continuidad de una miseria absurda.

Si las personas pudieran atisbar un poco del caos, la agonía y la incertidumbre que reinan en dimensiones y eones más allá de su patética y limitada humanidad, tal vez se tendría que normalizar la locura.

Entonces llega un punto en la existencia donde ya no nos importa hablar ni relacionarnos con nadie, ni siquiera con nosotros mismos. Es ahí donde, si no fuéramos tan miserablemente necios y cobardes, tendríamos que matarnos irremediabilmente. Pero no, preferimos prolongar, aunque sea solo un efímero periodo, nuestra vomitiva humanidad.

Estar en este mundo y padecer sus vicisitudes es como hallarse inmerso en una inmensa y casi infinita bolsa de basura donde siempre encontraremos un desperdicio tras otro y cada uno con peor olor, aspecto y naturaleza que el anterior.

Si me dieran a elegir entre la nada y yo, es obvio que no existiría nada de mí y que ni siquiera habría existido nunca... ¡Jamás existir en ningún universo, mundo, realidad o dimensión!

El infinito más bello que puedo concebir es un estado infinito de suicidio/muerte. Sí, un continuo de hermoso colapso donde, tras haberme suicidado de determinada manera, inmediatamente pueda volver a matarme de otra. Tan rápidamente sería una defunción de la otra que ni siquiera existiría esa aberración llamada vida/existencia. Este continuo espacio-tiempo suicida sería lo más cercano al cielo para mí.

De hecho, no suicidarse es también un fracaso más en la vida.

El suicidio, sinceramente, debería ser considerado también como una meta o un objetivo más en la vida. Lo que es más, como un proyecto de vida, pues la realización de tal acto, considerando que de cualquier modo moriremos algún día, no es sino una sublime poesía hacia nuestro destino.

La existencia está sobrevaluada en demasía, ni siquiera es tan buena; de hecho, no es para nada buena. ¿Por qué entonces no buscar con ahínco su opuesto? Tal vez la inexistencia sea mucho, pero mucho más interesante y adecuada.

Lo único que quería era ser libre por una vez en mi vomitiva existencia. Libre del trabajo, del hogar, de las obligaciones, de las necesidades, del

sexo, de los impulsos, de los pensamientos, de las emociones, de los sentimientos, de las reflexiones, de las meditaciones, de la sociedad, de la humanidad, del mundo, del universo, de la realidad, de mí mismo, de la vida, de la muerte, de la existencia misma...

El odio que podemos llegar a sentir siempre será mayor que el amor, de ahí que existan muchos más asesinatos y crímenes que actos de bondad y benevolencia.

Besar tus labios era ya todo lo que deseaba y tan solo era esa la única razón de que aún no me matara.

El libro rojo sobre la mesa con imágenes delirantes y escurriendo en sangre será el último testigo de mis palabras huecas, pues todos los demás se han ido paulatinamente. Y no es que los necesitase, para nada. Es tan solo que una extraña nostalgia me invade al recordar momentos que jamás debieron haber sucedido, al recordar una vida marcada por la tragedia y que, justo ahora, estoy por llevar a su fin mediante el sublime acto del suicidio.

No importan las razones que creamos tener para existir, pues todas y cada una de ellas tan solo son mentiras y autoengaños que nos han alimentado durante todo este tiempo. No obstante, si consiguiéramos librarnos de estas artimañas existenciales, muy probablemente nos tendríamos que librar de nuestra existencia misma.

Agónica existencia que no ofreces tregua en tus variadas formas de infinito sufrimiento y que te encarnizas con ironía en las almas más débiles. ¿Podría ser que acaso te hayamos malentendido y que lo único que desees de nosotros es nuestra indispensable defunción?

De hecho, abrir los ojos por la mañana y saber que aún seguimos vivos en esta putrefacta realidad ya es motivo suficiente para estar brutalmente deprimidos.

Esta existencia no es sino una gran pérdida de tiempo, pues no hay realmente nada interesante por explorar o lograr. Todo es solo una absurda y ridícula mentira que ya no puedo tolerar por más tiempo, así que ha llegado el momento de poner punto final a esta tragicomedia y conocer algo que, espero, sí valga la pena: la muerte.

La combinación de voces inhumanas era sumamente delirante y me transportaba a un estado de psicosis extremo. No sabía si estaban en mi cabeza o fuera de ella, si eran reales o no. Pero ya ni siquiera eso era relevante, lo único que anhelaba era escucharlas por siempre y, así, silenciar los ridículos ruidos de una vida nauseabunda plagada de humanas y patéticas voces.

El lamento de mi alma fue demasiado fuerte y trágico aquella noche, pues solo entonces entendí que seguir aquí implicaría un sufrimiento sin sentido. ¿Qué hacer ahora pues? Evidentemente, debía matarme si quería ser congruente conmigo mismo por una vez en la vida, o en la muerte...

Si tan solo pudieras ver cuánto te amo y todo lo que haría por ti, pero no, tú jamás verás nada en mí digno de ser amado; lo que es más, jamás me verás ni siquiera con rechazo. Por eso, tal vez deba matarte para que, así, puedas verme un poco, aunque sea ya muerta.

Si la existencia ya es de por sí algo odiosamente doloroso, miserable y tedioso, el ser humano se ha encargado de potenciar estas y otras tantas características al máximo.

No, la inexistencia absoluta no sería para nada algo indeseable. Incluso, pienso que sería algo demasiado divino para una criatura tan ruin y nefanda como el mono parlante.

El hecho de que existamos simplemente así nada más, por azar o destino, pero sin opción de no hacerlo, me hace pensar que estamos en una especie de prisión. Es decir, ¿por qué debo existir si no quiero hacerlo? Podría suicidarme y terminar, espero, con todo. Pero eso no cambiaría el hecho de que ya existí sin haberlo deseado. Entonces no dejo de cuestionarme y aterrarme al pensar que existimos por obligación, por capricho divino o, lo más probable, como un muy efectivo método de tortura.

Es incluso hasta repugnante cómo muchas personas se aferran a la vida sin saber ni siquiera para qué o por qué deben vivir. Lo más curioso es que tampoco cuestionan el por qué de tal aferramiento, sino que simplemente lo aceptan como si fuera un axioma. En sus cabezas no pueden concebir otra cosa que no sea preservar la vida por encima de todo, tal vez incluso esto esté en nuestro ADN. Aunque, claro está, para nada esto significa que estén en lo correcto. De hecho, tan solo son títeres que siguen patrones impuestos y que jamás, en sus patéticas vidas a las que tanto se ciñen, se han cuestionado lo más mínimo. Son, pues, tan solo peones adoctrinados y que merecen ser eliminados cuanto antes.

II

Al final del día, cuando me voy a dormir tras una profunda amargura al no haber podido suicidarme hoy, solo tengo una pregunta dando vueltas en mi cabeza: ¿por qué demonios debemos existir?

Antes pensaba que lo mejor era no estar en este mundo, hoy no me queda la menor duda.

No debemos considerar a la muerte como nuestro enemigo, sino como nuestro mejor aliado en contra de una vida tan nauseabunda como esta; y ni hablar del suicidio, pues ese debería ser casi como de nuestra propia sangre.

Todo lo que necesito eres tú, pues solo en tu mirada se hallan los secretos para desentrañar mi intrincado y sombrío destino.

El olor de tu perfume se mezcla con mi sangre, pero me encanta la mezclanza, pues es casi como adornar mi sublime muerte con tu exquisita esencia.

Solía creer que no te necesitaba más, pero hoy sé que te necesito tal vez más de lo que necesito a la muerte. Aunque esta última, muy inteligentemente, te haya arrebatado de mi lado para aumentar al máximo la desesperación de existir que tan profundamente carcome mi espíritu.

Claro que podía hacer muchas cosas y, de hecho, las hacía. Era solo que ya ninguna de ellas tenía el más mínimo sentido y las realizaba como un autómatas. Además, el vacío y la agonía incrementaban su intensidad en mi interior día con día. No había otra salida posible, ninguna otra senda me quedaba por recorrer que no fuera quitarme la vida esta noche.

Nos aferramos a esta vida sin sentido porque es lo único que conocemos, pero, si nos diéramos la oportunidad de conocer a la muerte, tal vez nos llevaríamos una agradable sorpresa.

No importa cuán buenas personas seamos, al final la vida se encargará de volvernos las peores personas, pues justo eso es lo que se requiere para subsistir en este aberrante mundo.

La ira que carcomía mi interior aquella tarde calurosa de primavera no tenía parangón ni podía ser calmada con nada. Algo estaba a punto de explotar en mi interior, algo sombrío y acaso horrendo. Lo peor, sospechaba, era que no me hallaba solo como antes, sino en su compañía. Ese maldito yo que a veces emergía y se apoderaba de mí vociferaba lamentos de muerte y psicosis, y, ciertamente, no me desgrava del todo lo que me pedía hacer...

Entonces la miré, tan pura e ingenua, e intenté convencerme de que no debía usarla para calmar todo mi odio, pero mis actos no fueron congruentes con mis pensamientos y entonces no sé qué más pasó, tan solo que desperté en este cuarto manchado de sangre y con su cuerpo ya sin vida arrastrándome de vuelta a mi yo de siempre.

Concebir que la humanidad no sea absurda ni estúpida es tal vez el mayor sacrilegio que podríamos imaginar, sería solo comparable a pedirle a una mosca que no fuera sucia ni necrófaga.

El mayor y mejor mecanismo de defensa que tenemos en contra de la existencia es precisamente ese: existir... Tan solo existir sin cuestionar nada y aceptando todo lo que nos ha sido dicho e inculcado. Pero no dejo de preguntarme si realmente esto podría ser considerado como existencia o tan solo la más ignominiosa conjunción de ignorancia y esclavitud.

Tal vez si en algún punto, debido a la más irónica casualidad, pudiéramos visualizar parcialmente todas las variables implicadas en la realidad, la vida y la existencia, enloqueceríamos; si las visualizáramos totalmente, nos mataríamos al instante.

Debe haber algo que no le está permitido al ser, al menos no a seres tan mundanos como nosotros. Ese es el límite de nuestros razonamientos, aquello que jamás podremos conocer sin importar cuánto lo intentemos. Incluso si llegásemos a conocerlo, no lo entenderíamos. ¿Cómo podríamos entender lo inentendible? ¿Cómo derrocar las barreras que nos mantienen presos en este cuerpo, en esta realidad, en esta vida?

No cabe duda de que somos unos meros imbéciles pretendiendo, con infinita arrogancia, enmascarar nuestra ignorancia con cualquier estúpida creencia.

Cada vez me resultaba más difícil contener y controlar el asco que sentía hacia las personas. No solo el asco, también el odio. Necesitaba aislarme lo más que pudiera de cualquier esencia humana, pues la simple compañía de cualquiera me resultaba más que molesta y vomitiva.

¡Qué horrible era el ser! Tal vez yo no estaba del todo equivocado, pues ¿quién en su sano juicio podría amar algo tan imperfecto e indeseable como otro ser humano?

¿Casarme? ¡No, gracias! Ya suficiente tengo con odiarme y soportarme a mí mismo como para añadirle más leña a un fuego que arde como el del infierno.

La muerte es la única salvación para seres como nosotros que no hacen otra cosa más que vivir absurda y vilmente. Aunque nuestra existencia es tan patética e irrelevante que quizá ni siquiera la muerte quiera salvarnos.

Cuando comencé a dudar de todo, ya no hubo vuelta atrás. La incertidumbre creció dentro de mí hasta límites incalculables y tornó cada suceso en una quimera. Al final, ya no pude diferenciar lo que era real de lo que y mucho menos sabía si aún estaba vivo o ya no.

No sé qué es el amor y no creo que exista, pero tan solo te diré que prefiero existir una milésima de segundo a tu lado que disfrutar una eternidad sin ti.

Ni siquiera escribiéndote mil poemas podría hacerte entender la inmarcesible magia que encierra tu boca y el delirante estado en el que me sumerjo al entrar en tu caos.

La vida es triste, sí; pero más triste es seguir en ella.

¿Por qué habría de sentirme agradecido por saber lo que es esta vida ominosa? ¡No, para nada! Mejor sería nunca haber sabido lo que es esta vida, ¡demonios! Si me dieran a elegir, por supuesto que elegiría no vivir más ni haber vivido jamás ni mucho menos volver a vivir.

Dijeron que la vida no sería fácil, pero, lo que nadie dijo, ¡es que sería un puto infierno en todo el sentido de la palabra!

Lo malo de haber nacido es que ya no hay marcha atrás, ya no se puede no haber nacido. Lo peor es que ahora nos vemos obligados a actuar

mediante la única forma de catarsis real: el suicidio.

¡Cuánta envidia le guardo a esos infelices que se han suicidado! ¿Cómo carajos le hicieron? Ellos ya son libres y no como yo que sigo aquí pudriéndome en esta infecta realidad. Pero pronto, espero, conseguiré también alcanzar tan divino estado.

La agonía de morir se queda muy corta en comparación con la de vivir. La primera, a lo más, puede durar minutos, horas o semanas. La segunda, por desgracia, dura años y quién sabe si, como dicen, pueda ser asquerosamente eterna.

Si vivir no es una obligación, entonces ¿por qué el suicidio no es legal y perfectamente asequible para toda la población?

Cada vez las personas son más estúpidas y absurdas, pero eso no es ninguna novedad. Lo que sí lo es, acaso, es que tal condición incluso sea aceptada con orgullo y promovida como forma de vida en este patético y ridículo mundo.

Perdí entonces el interés por todo y por todos, ya nada me animaba. Y tal vez lo único que me podía interesar un poco era aquello que pondría punto final a esta tragedia: mi muerte.

El ser no es algo que debemos preservar, dada su intrínseca vileza y su repugnante esencia. Más bien, es algo que debemos desvanecer en conjunto con toda su ominosa descendencia.

III

En las cumbres de la desesperación, más allá de los reinos de la locura, es donde finalmente la muerte nos confiere al fin un poco de sosiego en medio de este vasto mar de desasosiego viviente.

Nuestra insignificancia tanto individual como en conjunto no tiene comparación alguna. Nuestra errónea y divagante existencia tan solo se sostiene de fútiles y absurdas creencias esparcidas por otros más ingenuos tal vez que nosotros. Entonces ¿no valdría la pena cuestionarse para qué seguir adelante si finalmente nuestra muerte también terminará por carecer de todo sentido? ¿Cómo podría no ser así cuando nuestra vida, que le dará nacimiento, tiene como principal característica dicho estado?

Esperamos respuestas en la muerte o nos hacemos miles de ilusiones en ella, millones de autoengaños sin ningún fundamento. Todo esto como si la muerte nos debiera algo, como si no fuera suficiente lo que nos otorga con poner fin a nuestra recalcitrante miseria.

Por las noches, solo un pensamiento rondaba en mi cabeza; una taladrante y poderosa interrogante que casi me desquiciaba en la psicosis más caótica: ¿sería al fin este día el último?

En las olas ensangrentadas de tus gritos encontré el regocijo para purificar mi sombría esencia.

Por supuesto que en la vida había numerosas opciones y se podían tomar decisiones todo el tiempo, el problema era que yo ya había decidido morir.

Quizás el problema no era existir como tal, sino el mundo tan horrible en el que debíamos hacerlo y la especie tan repugnante a la que desgraciadamente pertenecemos.

No importa cuánto luches, tarde o temprano terminarás no siendo tú mismo.

Cuando uno se siente tan muerto estando vivo, ¿tiene algún sentido seguir viviendo?

No necesito ser mejor que nadie, pues sé que mi existencia, aun siendo tan absurda como lo es, es superior a la del resto.

Llevamos demasiado tiempo viviendo gracias a puras mentiras, pero ya es hora de morir para descubrir por primera vez una verdad, acaso la única.

Tal vez lo mejor sea aceptar que jamás sabremos quiénes somos en realidad ni por qué estamos aquí. Tal vez lo mejor sea que esta noche al ir a dormir cerremos los ojos y no los volvamos a abrir jamás.

¿De qué carajos sirve tener razones para vivir en una vida que no tiene razón de ser vivida?

¡Que patético es el ser y qué ridícula es la manera en la que se aferra a una existencia que no podría ser más indiferente a él!

El ser y su enferma necesidad de vivir... Por suerte, la muerte siempre está ahí para curarlo sin importar cuán enfermo se halle.

“Dame una razón para seguir viviendo”, me dijo ella. Y entonces la maté, puesto que no había ninguna.

El simple hecho de ser implica en sí la mayor de las agonías. Por eso, mejor sería no ser, aunque esto sean tan solo una hermosa quimera en nuestra errante esencia que, por desgracia, es.

Tan solo era que ya nada me importaba sin importar de que se tratara, tal vez esto entonces era el indicador de que era ya momento de abandonar al fin esta nefanda realidad.

Mientras el absurdo nos consume cada día más, nosotros continuamos consumiendo cualquier tontería que nos haga olvidar por unos momentos lo miserable y tedioso que es existir.

Tan abismal como el tiempo que vive una estrella comparado con el que vivimos nosotros, así es nuestro sinsentido comparado con nuestros delirios de un sentido para existir.

Y, si este mundo un día dejara de existir, en realidad no se perdería nada; por el contrario, hasta sería una ganancia.

Tenemos la estúpida necesidad de sentirnos amados por otros puesto que, en el fondo, sabemos que no podemos amarnos a nosotros mismos; es más, nos odiamos con todo nuestro ser.

Lo único que podemos hacer a estas alturas es alejarnos de todo y de todos, y tan solo pudrirnos en soledad hasta que finalmente tengamos el

suficiente coraje para poner fin a nuestra miseria mediante el acto más sublime (acaso el único) que puede realizar el ser: el suicidio.

Cada palabra que decimos, cada actividad que realizamos, cada reflexión que hacemos, cada comida que tragamos, cada ser que engendramos, cada emoción que sentimos, cada día que vivimos... Absolutamente todo está y estará siempre condenado al absurdo.

Si existe un dios, creo que lo último que pensaría sería en amar a esta raza de imbéciles egoístas.

La humanidad está podrida y la única manera de purgarla es con la extinción.

¿Qué es esta existencia sino una nauseabunda imposición que debemos realizar aun si la odiamos? ¿Cómo no odiar entonces nuestra existencia si tan solo se trata de un muy sofisticado método de tortura para provocar cantidades incuantificables de agonía, desesperación y locura?

Sé que ellos jamás lo hubieran entendido, pues su adoctrinadas mentes nunca les hubieran permitido vislumbrar un poco más allá del cúmulo de mentiras que rigen sus absurdas y estúpidas vidas. Pero realmente no me quedaba nada y cada una de mis reflexiones me llevó a ese divino momento en donde experimenté un éxtasis que nada en la vida jamás me brindó. Sí, las personas nunca lo entenderán, pero el suicidio siempre fue mi única opción.

El verdadero pecado de la humanidad es haberse reproducido. Más aún, seguirlo haciendo es la peor de las herejías.

¿Como intentar amar a la humanidad cuando los humanos hacen todo para ser odiados?

Por suerte, existe la muerte para terminar con esta vomitiva cadena de insustancialidad que es nuestra humana existencia.

¿Qué es la vida sino una constante y casi infinita sucesión de malas decisiones donde la primera fue haber nacido?

Este mundo es una tragicomedia donde los actores (nosotros) hacemos todo lo posible para evadir nuestra tragicómica condición, aunque, irónicamente, solo la fortalecemos más.

IV

Solo hay que intentar escuchar a una persona por unos minutos y eso será suficiente para odiarla y asquearnos de ella hasta el tuétano.

Tener un hijo es la manera en la que el ser reafirma su miseria y, a su vez, la del mundo entero.

El ser difícilmente puede permanecer en silencio, pues necesita esparcir su aberrante verborrea para confirmarse y confirmar a otros su imperante estupidez.

La podredumbre de este mundo parece no terminar nunca y la miseria se incrementa rápidamente. Si existe un dios misericordioso, entonces ¿por qué no se digna en poner fin a este ominoso averno humano cuanto antes?

Los seres humanos somos malvados, de eso no me cabe ya ninguna duda. Y, cualquiera que no esté de acuerdo, es aún más malvado.

Lo verdaderamente inconcebible es que esta raza de monos continúe reproduciéndose y enalteciendo así lo absurdo de su execrable esencia, pues ya no es suficiente con haber contaminado la existencia con la suya, sino que ahora incluso la contaminan con otro pestilente engendro.

Mientras exista la humanidad, existirá el infierno. Y, de hecho, es un infierno bastante efectivo.

El ser no solo no debe continuar existiendo, sino que nunca debió haber existido.

Creer que la humanidad es bella o que tiene algo interesante es tan solo una creencia de sus integrantes (los humanos), así que el chiste se cuenta solo.

¿Qué es real sino lo que nos han dicho y creemos como real? Tal vez lo real no es nada de esto, sino algo que no podemos entender en nuestra limitada y patética percepción.

Las cosas buenas de la humanidad ya no podía apreciarlas, pues se veían tan inmensamente opacadas por las malas, tanto en cantidad como en intensidad, que hasta podríamos decir que no existen.

Y puede que el suicidio sea tan solo el comienzo para la verdadera vida...

Si comparamos lo irrelevante de la existencia humana con la cantidad de sufrimiento que engloba, no llegaremos sino al más recalcitrante sinsentido.

Odiar y matar al prójimo es lo mejor que podemos hacer si es que no podemos odiarnos lo suficiente como para suicidarnos.

La intrascendencia de la humanidad es solo comparable a su estupidez.

Si la existencia en general no tiene ningún maldito sentido, ¿qué nos hace creer que lo tendría la de una criatura tan patética, estúpida, miserable y repugnante como el ser humano?

Odiar a nuestros semejantes por encima de todo es más que una necesidad, es una obligación.

No hay ninguna necesidad de luchar o apresurarse por algo, puesto que, en realidad, no hay ningún lugar por alcanzar ni ninguna meta por lograr; todo es solo un autoengaño que nos hacemos para pretender que nuestra intrascendencia no es tal.

Decir que aceptemos esta insana realidad es tan solo otra estratagema más para obligarnos, de un modo u otro, a aceptar lo inaceptable.

Casi siempre siento asco de las personas, tan solo de mirarlas, olerlas, hablarles o sentirlas; pero, sin duda alguna, más asco siento de una persona de la cual no puedo librarme sin importar donde me oculte: de mí.

Ya ni siquiera podía lamentar la condición del mundo o de la humanidad, pues suficiente tenía ya con lamentar mi propia condición.

Estoy tan cansado de alimentar mi mente con mentiras, aunque sé que, si intentara alimentarla con verdades, seguramente me moriría de hambre.

Como sea, no existe ninguna certeza en esta ominosa existencia salvo una cosa: la muerte. Y creo que deberíamos estar agradecidos de ello.

Cualquier día, de hecho, es bueno para morir. Por otro lado, para vivir cualquier día será malo.

Tú eres parte de mí, pues simbolizas la más sublime poesía en mi alma. Lo sé porque el día que te conocí sentí por primera vez en mi miserable existencia que podía haber algo bueno en mi podrido interior.

¿Cómo puedo seguir viviendo si tú no estás conmigo? Simplemente no concibo un escenario tal y prefiero quitarte la vida antes que tú me la quites a mí con tu partida.

Quiero estar contigo más allá de la vida y de la muerte, quiero estar contigo en un lugar donde no tengamos necesidad de unir nuestros cuerpos para amarnos, quiero estar contigo sin importar si todo lo que somos es solo delirio humano.

Enamorarnos de alguien que nos guste tanto que nos haga olvidar por unos instantes lo miserable que es todo (la humanidad, la existencia, la vida y demás) es acaso la única forma de amor pura y real.

Entre enamorarse y suicidarse, es mejor pensar bien qué método usaremos para dejar de vivir.

Al menos sé que en el suicidio hallaré consuelo, no como en ti. Pues la muerte, espero, sí será eterna y no como el falso y humano amor que tanto me prometías.

Y ahí va el ser a enamorarse como un imbécil, como si no fuera su existencia lo suficientemente desconcertante y ridícula por sí sola.

Sin importar cuantas veces lo debata en mi interior, jamás entenderé de qué manera es que las personas consiguen amar a otras. Pues todo ese repugnante parloteo y teatro inútil me parecen más bien solo una vil artimaña de la naturaleza para perpetuar algo no debe ser: la supervivencia de esta estúpida raza.

Y, en un ataque psicótico inusualmente fuerte, le saqué el corazón y me lo comí para que así su amor solo me perteneciera a mí por siempre.

Y, si no es el suicidio, entonces ya no quiero nada, pues ya nada tendría ningún sentido mientras no se trate de mi propia e indispensable destrucción

Pasaré el resto de mis días entre la desesperación y la melancolía, vaciando botellas de vodka y devorando cajetillas de cigarrillos, escribiendo poemas sin sentido y pudriéndome en mi absurda miseria. Pues, ¿acaso existe otra manera en la que, una vez comprendida la inutilidad de vivir, se pueda soportar tal condición?

Estoy tan cansado y harto de suplicar por lo que quiero, y lo que quiero no es otra sino la muerte.

Estoy condenado a pasar mi vida en este infierno humano, eso ya lo sé. Lo que aún no me queda para nada claro es ¿qué clase de cosa tan terrible hice para recibir este insufrible castigo?

Los únicos días en los que sentía un poco de tranquilidad eran aquellos donde no estaba rodeado de esas asquerosas siluetas humanas que abundaban en esta sórdida realidad; es decir, cuando estaba solo. No obstante, con el paso del tiempo esto se fue disolviendo también y llegó el punto en el que ya ni siquiera estar solo era suficiente. Entonces supe que lo único que me devolvería un poco de cordura y paz sería el suicidio.

Solía permanecer en amplios lapsos de soledad, pero ahora ya ni siquiera eso me es tolerable, pues he perdido no solo la capacidad de soportar a los demás, sino también a mí mismo.

Cuando tu reflejo ya no fue suficiente para apaciguar esta endemoniada psicosis que tanto me atormenta, me vi obligado a cometer un acto del

que acaso me arrepentiría el resto de mi vida, pero que era mi única alternativa. Así pues, procedí a atravesar el espejo con el único propósito de saber si eras real o no de una vez por todas. La conclusión no pudo ser otra: tan solo la muerte era real al atravesar los límites de esta insana realidad.

Aquel ojo de infinitos pigmentos que se sostenía en la mano de dios lo veía todo, incluso hasta lo más sombrío y decadente. Nuestros instintos no le eran para nada ajenos y hasta podía decirse que los conocía mejor que nosotros. Pero nos brindaba la ilusión del libre albedrío tan solo para reír ante nuestros inverosímiles y contradictorios actos cotidianos.

El verdadero ocultismo en realidad era más una interpretación de la iluminación del alma, aquella que solo podía ser conseguida mediante la más cruenta masacre de nuestras emociones y pensamientos más humanos.

Podemos escapar de cualquier cosa, excepto de nosotros mismos. Y tal condición es, a mi parecer la clara prueba de que jamás seremos libres de verdad; al menos no mientras existamos.

Y es que vivir es tan solo una absoluta y absurda pérdida de tiempo, pero una de la que nos cuesta tanto desapegarnos porque tal vez en el fondo nos fascina la vacuidad de esto, ya que compagina a la perfección con nuestra asquerosa vacuidad humana.

Algunas ocasiones incluso debía retirarme de lugares donde me hallaba por mucho tiempo rodeado de muchas personas. Pues, si me quedaba, experimentaba un profundo hartazgo y una incontenible sensación de asco. Si no me marchaba, supuse más de una vez, terminaría por asesinar

a alguno de los ahí presentes, pues su simple existencia, preñada de una estupidez sin límites, era algo dolorosamente insoportable.

La auténtica agonía quizá no era vivir como tal, sino cómo hacerle para sobrellevar tal acto.

La existencia en sí misma es ya algo sumamente molesto y horrible, pero nosotros nos hemos encargado de llevar tales condiciones y otras más repugnantes al más alto escalón posible.

El pantagruélico manjar con que nos obsequia esta vida está plenamente conformado por el sufrimiento, la agonía, la desesperación, el hastío, la ansiedad, la tristeza, la locura y el desamor. ¿Por qué no vomitarlo de inmediato? ¿Por qué no evitar incluso comerlo? ¡Lástima que esto último ni siquiera sea una opción! Pero lo que sí es una opción y, de hecho, la mejor de todas es permanecer en ayuno hasta que la muerte nos salve.

¿Quién podrá salvarme ahora si no eres tú? ¿Acaso no vendrás esta noche y alejarás un poco las tinieblas de la amargura con tu cálido cuerpo? ¡Qué mas da! Tal vez sea esta la señal de que ya no debo postergar más mi encuentro con la sogá...

Estamos atrapados en esta prisión existencial, en esta deplorable burbuja de podredumbre humana de donde no nos es posible escapar. Lo curioso es que la gran mayoría ni siquiera se percata de esto y hasta llega a experimentar una estúpida sensación de libertad que, desde luego, no podría ser otra cosa sino lo opuesto. Pues la libertad hoy en día es tan solo una abstracción, una mera quimera que sirve como la mejor medicina para un conjunto de adictos a la mentira y la hipocresía como nosotros.

Ya no importaba lo que hiciera ni cuánto tratara de disolver aquello, pues tan solo un pensamiento resonaba cada vez con más fuerza en mi mente: la idea del suicidio.

¿Puede acaso existir algo mejor que la muerte, que abandonar esta mundo execrable ahíto de perversión, sinsentido y putrefacción infinita? Y ¡qué mejor si actuamos por cuenta propia! Es decir, si vamos a buscar la muerte en vez de esperar que ella venga a nosotros.

El reloj del caos está a punto de llegar a la hora del fin y no puedo sino agradecer por tal situación, pues significará al fin la eterna desaparición de esta aciaga y ominosa raza regida por el absurdo.

El destino final de nuestra podrida y humana alma no podría ser otro sino el vacío, el más endemoniado e infernal vacío, mismo de donde nunca debimos haber surgido para empezar.

La única cosa que en verdad importa en la vida es solo una: nada.

Podemos creer que nos esforzamos demasiado, pero al final la vida siempre terminará por derrotarnos sin importar cuán grande fue nuestro esfuerzo. Y, si no es la vida quien nos termina por derrotar, será la muerte, pues siempre estará ahí aguardando para asestarnos el golpe de gracia.

Y, cuando llegue nuestro momento final, más que sentir tristeza deberíamos sentir un profundo agradecimiento, pues finalmente podremos decir adiós por siempre a esta blasfema y decadente existencia.

La cotidianidad de las cosas siempre termina por abrumarnos y por trastornarnos, por arruinar cualquier buen deseo que tengamos o cualquier anhelo de un cambio. Entonces lo único que nos queda es contemplar el absurdo transcurrir de los días y someternos a la más infernal monotonía hasta que la muerte se digne en recogernos.

El pasado es depresión, el presente es locura y el futuro es ansiedad, de lo que se puede concluir que el tiempo no es sino otro mecanismo de tortura existencial en esta ya de por sí tortuosa existencia.

Ni todos los trastornos del mundo podrían evitar que te amara con tal intensidad, pues indudablemente eres tú la única catarsis para mi psicosis suicida.

Justamente ahí, en los momentos finales de mi vida, experimenté una profunda melancolía. No sabía por qué, pero de alguna manera quería simplemente corregir cada acto maligno o estúpido que había realizado, aunque sabía que era imposible. Es más, ¿no era el mero acto de vivir también así? Pero ahora ya nada de eso tenía relevancia alguna, pues en cuestión de minutos todo fundiría a negro y mi dolorosa existencia alcanzaría su última redención.

Tal vez solo en la muerte podemos tener un indicio de lo que es en verdad la vida.

Pensaba entonces en lo vano y efímero que era todo, en lo jodidamente intrascendente que era la humanidad, el mundo e incluso yo. ¿De verdad todo esto tendría un sentido? ¿Por qué no podía saberlo ahora? No importaba cuantas preguntas me hiciera, nunca había respuestas. Y cada día estaba más confundido, solo y loco, engrosando más y más la

interminable cloaca de incertidumbre en la que divagaba sin sentido alguno.

Amar unos momentos, como la mayoría lo hacemos, es fácil. Pero amar por siempre, como nadie lo hace, es algo demasiado complicado, acaso imposible, acaso inhumano...

¿Cómo puede ser buena una vida como esta donde lo único que sabemos con certeza es que moriremos? No, la vida desde luego no es para nada buena. Más bien, la muerte es lo único bueno que tenemos.

VI

El deseo de poseer en nosotros es algo natural, pues nuestro egoísmo innato nos gobierna en todo momento y conquistarlo es una tarea que exige demasiado. De ahí que este mundo jamás va a cambiar, pues sus habitantes se han resignado a la miseria y han sido dominados de una manera muy sencilla por sus impulsos y, más aún, han sido poseídos por sus demonios.

Si la existencia tuviera sentido, más bien se llamaría inexistencia.

En el magnificante halo de tu sonrisa se desfragmentaron todos mis complejos y se alinearon todas las galaxias que tan solo convergen hacia tu alma.

Los sonidos tan peculiares de aquella inefable melodía alternaban sueños del edén con sueños infernales, pero ambos, en última instancia, me ofrecían la posibilidad de exorcizar mi sombra en la catarsis más pura: la de la muerte.

¡Qué complicado es soportar y contemplar a la humanidad cuando lo único que quisiera es exterminarla de la manera más sádica y agónica posible!

A veces, imbuido de una especie de mística confusión, me preguntaba si en verdad las personas no fingían ser estúpidas por alguna extraña razón que no alcanzaba a dilucidar. No obstante, tras algunos momentos más de observación, no podía llegar a otra conclusión que no fuera la de que tal estado de reverberante estupidez era completamente genuino.

¡Qué molesto resulta ese instante donde lo único que queremos es estar a solas con nuestros pensamientos y aparece de pronto algún supuesto amigo con el ruin y nauseabundo propósito de interrumpir, con humana malicia, nuestra emblemática soledad!

¿Qué son nuestros anhelos y metas sino mero reflejo de lo acondicionados que estamos? ¿Qué son nuestras pasiones y voliciones sino miserables cúmulos de intrascendencia cósmica?

Y así, infinitamente asqueado del bien y del mal, de procrear y matar, de ser bueno y ser malo, de ayudar y hacer daño, de amar y odiar, de maldecir y bendecir, de ser y no ser yo... Así fue como decidí quitarme la vida aquella lluviosa tarde de verano donde mi sangre escurría hasta formar al fin la puerta del más allá.

No sé lo que me espera del otro lado del umbral, allá donde solo la muerte es dueña del azar, pero sí sé lo que me ha tocado y lo que aún me espera aquí en la vida y prefiero correr el riesgo de lo incierto antes que permanecer más tiempo en esta abominable y blasfema existencia.

La filosofía no servía ya de nada, la poesía tampoco. ¿Qué eran todas esas palabras y teorías sino patéticos intentos humanos por algo trascendente en el océano de la más sórdida intrascendencia? ¡Solo más mentiras como siempre! Y la vida, ¡con un demonio! La vida tampoco servía ya de nada, nunca lo hizo. Tan solo quedaba la muerte, pues era la única que aún presentaba ciertos indicios de utilidad y verdad.

Otra vez me hallo aquí, en el pantano de la absurdidad, delirando con pasajes oníricos que jamás serán realidad mientras permanezca vivo. ¿Por qué ha de serme tan difícil desprenderme de todo lo que odio? De este cuerpo, de esta civilización, de este mundo, de esta vida...

Y, cuando finalmente mi espíritu halla cesado su fatídico andar, creo que entonces la lluvia negra caerá sobre mi tumba para emancipar mi esencia del cielo y arroparme con las rosas de la posesión.

Podría amarte de nuevo una y otra vez, pues para ti jamás tendrá un límite mi amor y nunca mi boca se deleitará tanto como en el dulce rocío de tu tesoro encarnado.

Aquel ser sí que estaba enfermo y su locura a veces me desconcertaba, pero tal condición incluso era más mera consecuencia de un azar infame que lo arrojó al mundo humano sin haberlo dotado de suficiente humanidad. Aquel ser que tantas veces detesté ahora me causa infinita compasión y no puedo sino intentar amarlo, aunque en el fondo lo odie con toda mi alma. Tan solo una cosa me alteraba al mirarlo en el espejo: aquel

ser de ojos tristes y cara decadente que tanto arruinaba mi existencia se llamaba yo.

¿Cómo podría gustarme lo que soy si soy humano? Más bien, debería odiarme aún más; tanto que un día finalmente pueda matarme.

No tenemos tiempo para nada, ni siquiera para vivir, pues todos nuestros actos son esclavos del reloj. Siendo así, tan solo la muerte es la magnífica y genuina libertad.

El único día en que estaré jodidamente rebosante de una inefable felicidad será el día en que finalmente esté muerto.

Las más ignominiosas monstruosidades son, de hecho, aquellas que habitan en nuestro interior; aquellas que se nutren de nuestros trastornos y que se regocijan con nuestra locura.

No haberse suicidado habiendo tenido innumerables días y oportunidades para hacerlo y aguardar la muerte natural es, ciertamente, el mayor de los fracasos existenciales.

El altercado que más nos enloquece es indudablemente aquel que se produce entre nuestra razón y nuestro corazón; es decir, entre nuestros pensamientos y nuestras emociones. La verdad es que casi siempre termina inclinándose la balanza hacia las segundas, de ahí que la mayor parte del tiempo tomemos las peores decisiones.

Definitivamente hubo un error, el mayor de todos, al haberse concebido la existencia del ser. No podía ser de otra manera, pues ¿en qué clase de

trastornada mente o retorcida creación la humanidad sería algo deseable?

¡Cuán infame, patético e ignorante es el ser que llega a convencerse de que su existencia puede tener algún sentido! En verdad que nunca se había contado un chiste de una magnitud tan ridícula.

Hay algo que realmente va muy bien con la humanidad, ese algo se llama extinción.

No dejaban de torturarme aquellas voces que me pedían abandonar este execrable cuerpo cuanto antes. Sabía que tenían toda la razón y no pretendía llevarles la contra, pues igualmente la vida era solo una estupidez. Ahora tan solo debía llevar al límite mi psicosis para conseguir el último estado de la materia purificada: la inexistencia absoluta.

En definitiva, no estábamos hechos el uno para el otro. Ella quería amor, sexo e hijos. Yo, por mi parte, solo quería dejar de existir.

A veces, sí resulta intrigante cómo las personas pueden continuar su existencia tan asquerosamente plagada de irrelevancia, imbecilidad y, ¡cómo no!, de humanidad. Supongo que es normal para ellos ser así de miserables y absurdos, pues incluso su putrefacta esencia se regocija en tal estado.

Solía creer hace mucho que yo estaba loco por querer suicidarme, pero he cambiado de parecer. Ahora, días antes de quitarme la vida, creo que estoy más cuerdo que todos esos títeres cuya mera existencia contamina y ofende en demasía a la creación universal.

Incluso en el amor más que en otras cosas somos unos completos idiotas, pues nos pasamos la vida buscando quien nos ame antes de amarnos a nosotros mismos y, por eso, de hecho, jamás seremos amados.

Justamente reflexionaba sobre la inmarcesible calma, belleza y orden que reinaba en todo aquello que no implicaba a la humanidad. Es decir, nuestra existencia, ciertamente, era la mayor contradicción para la auténtica paz.

La lógica en realidad no lleva a ningún lado cuando se trata de temas existenciales y quién sabe si en otros sí lo haga. Pensemos por unos momentos que incluso la idea de la inexistencia es solo posible gracias a la existencia y también la muerte es solo posible gracias a la vida. Así pues, algo que *no es* no podría *no ser* sin algo que *es*. O, dicho de otro modo, incluso la nada se origina de algo; lo cuál en sí no tendría sentido desde nuestra limitada percepción humana.

Solamente cuando nos hayamos desprendido de todos nuestros anhelos, pasiones, vicios, pensamientos, emociones, sentimientos, reflexiones, amistades, familiares e incluso nuestros más amados seres o pasatiempos..., solamente entonces seremos capaces de comenzar a vislumbrar quiénes somos en realidad y cuál es nuestra verdadera esencia.

VII

No existe otra forma de soportar esta miserable vida más que con las más recalcitrantes mentiras.

Cada vez que pienso en el mañana, el hoy se torna aún más tortuoso. Cada vez que pienso en el ayer, el hoy se torna en el sinsentido más tormentoso.

Un dios que fuera realmente justo no dudaría en acabar con este mundo absurdo y con sus aberrantes habitantes.

La verdadera tragedia es que esta existencia continúe siendo tan asquerosamente insustancial y patética, pero tal vez la tragedia es la principal característica de la creación misma.

El amor es, al fin y al cabo, solo otro tonto mecanismo para asegurar la supervivencia de esta nauseabunda raza humana.

Cualquiera que propague vida está cometiendo un pecado digno solo de los más bajos círculos del infierno.

Es natural que las personas quieran vivir y procrear, puesto que su esencia no es otra sino la estupidez.

La inexistencia absoluta es la salvación absoluta, pues mientras se exista habrá todo tipo de contrariedades, dolores y mentiras.

La auténtica locura, quizás, es pretender que se puede vivir en este mundo sin enloquecer.

Ciertamente, nuestra humana ignorancia es una forma de protección ante los desvaríos más violentos que el caos más blasfemo nos podría obsequiar.

Todo lo que creemos que somos no es sino el producto de un repugnante adoctrinamiento al que hemos sido sometidos para solidificar una falsa identidad que nos impida suicidarnos tan pronto como tomamos consciencia de esta horrible realidad en la que nos vemos obligados a existir sin ningún sentido.

Antes me enojaba la estupidez que esparcían las personas, ahora ya solo me divierte, pues prefiero asumir que la humanidad, más que algo mínimamente importante, es tan solo una cómica aberración.

Si algún día, por la más irónica casualidad, el ser pudiera percatarse de todas las mentiras que se ha tragado y que ha creído durante su patética existencia, apuesto a que enfermaría mentalmente de gravedad y no dejaría de vomitar hasta que la muerte pusiera fin a su miseria.

Odiarse a uno mismo es tan solo el principio de la verdadera catarsis, el comienzo de ese largo y sinuoso camino de autodestrucción existencial que debe irremediabilmente culminar con el suicidio.

Cuando realmente comencemos a conocernos a nosotros mismos y tras habernos desprendido del cúmulo casi infinito de autoengaños que tanto abundan en el exterior, la única sensación que imperará en nuestro interior será la de matarnos tan pronto como sea posible.

Tal vez mi problema era que simplemente no había sido hecho para un mundo como este, pues había algo en mí que me hacía odiarlo todo. Más

aún, acaso ni siquiera había sido hecho para ser yo, pues había algo que odiaba por encima de todo: a mí mismo.

¡Qué horrible y vomitiva debe ser esta realidad que, en infinidad de ocasiones, nuestro único consuelo es tan solo dormir para soñar con una realidad diferente!

Si pensamos en la cantidad de personas que no han sido, no son ni serán amadas jamás, podemos entender que ese cuento del amor es tan solo otro autoengaño más que, en gran medida, solo causa más sufrimiento del que evita.

Hasta hace un tiempo ya solo me interesaba por mí mismo, pero actualmente puedo decir que ya ni siquiera eso me interesa.

He perdido todo deseo por interactuar con las personas, por visitar lugares, por compartir ideas, por entablar charlas, por escribir libros, por leer algunos otros, por las cosas más simples y también las más complejas... En fin, he perdido todo interés en cualquier tipo de existencia que implique ser humano y, en especial, ser yo.

No es difícil explicar por qué el mundo está pudriéndose cada vez más si partimos de la base de que sus habitantes son unos completos idiotas esclavos de sus más aberrantes impulsos.

¿Cuándo demonios entenderemos que todo lo que hay es nada? ¿Hasta cuándo nos retiraremos el ridículo velo de mentiras con el que tan plácidamente hemos cubierto nuestra ya de por sí humana visión para descubrir que el vacío es la única verdad?

Tras haber estudiado cada teoría, haber leído cada libro, haber degustado cada poema, haber reflexionado cada pensamiento, haber analizado cada estudio, haber recorrido cada recoveco de mi alma y haber agotado cada posibilidad en mi terrenal constitución y mi limitada capacidad he podido concluir una sola cosa: nada tiene sentido, mucho menos yo.

Siempre que nuestro deseo de vivir, consciente o inconsciente, sea más fuerte que el de morir, estaremos destinados a permanecer en este sufrimiento inicuo que no lleva a ninguna parte y que tan solo nos abruma con su fatídica cotidianidad.

Cualquier cosa es posible si nos encargamos de mentirnos todo el tiempo tanto como le mentimos a otros; esa y solo esa es la clave para soportar esta realidad.

Ni bien ni mal, tan solo indiferente de una existencia tan absurda como esta y con un increíblemente fuerte encanto por el suicidio; tal era mi estado en los últimos tiempos.

Al fin y al cabo, a esto se reduce la vida: un montón de basura con muy pocas cosas (casi ninguna) buenas o útiles en el que debemos zambullirnos queramos o no.

¡Claro que el ser es estúpido por naturaleza! ¿De qué otra forma se explicarían sus más atroces y repugnantes comportamientos tales como fantasear con reinos tras la muerte, inventarse dioses, sentirse la especie más evolucionada, pretender que su patética vida tiene sentido y, sobre todo, enamorarse?

Y, de entre todas las estupideces que podríamos cometer, sin duda alguna enamorarse encabeza la lista.

Suicidarse sería la decisión más acertada que podríamos tomar, pero nos encanta tomar malas decisiones todo el tiempo. O al menos hasta que se nos acaba el tiempo y la muerte viene recordarnos cuán equivocados estábamos en nuestra nauseabunda percepción humana.

Cuando comprendemos que el yo es lo único que importa en realidad, comenzamos a ser genuinamente libres y a liberarnos, a su vez, de las absurdas estructuras sociales que tanto entorpecen nuestro camino hacia la sublimidad.

En una realidad diseñada para aquellos que quieren existir, ¿qué es lo que nos queda a aquellos que no queremos existir? ¿Qué otro consuelo podríamos tener que no sean la locura, la decadencia o la muerte?

No importa nada de lo que hagamos para creernos superiores, al final siempre seremos humanos y eso, desde luego, nos hace inferiores.

VIII

Siempre que se obsequia vida a un nuevo ser, en realidad se está obsequiando el origen de todos los males.

Lo mejor que podemos hacer con un recién nacido para evitarle cualquier tipo de sufrimiento es asesinarlo de inmediato.

Mientras me tenga a mí mismo, no me importa nada más, pues sé que, al fin y al cabo, en el fondo siempre estaré solo sin importar de cuántas absurdas personas esté rodeado.

Nunca estoy solo, siempre tengo a mis demonios internos para hacerme compañía. Y, ciertamente, son mucho más interesantes que la mayoría de las personas.

Ya no podía contenerlo por más tiempo y, de hecho, no debía. Era mejor dejar que esa monstruosidad emergiera y controlara mi cuerpo por completo realizando toda clase de actos deleznales. Tal vez solo así podría expulsarla de mí algún día y lograr entonces la purificación absoluta y la destrucción de mi humana esencia.

¡Qué triste y nauseabundo es este mundo para que el suicidio sea ya nuestra única opción!

Corramos muy lejos de esta horrible realidad, allá donde nunca nada ni nadie más pueda encontrarnos, ni siquiera la vida.

Si pudiera conocer a mi yo de hace algún tiempo, sin duda alguna lo mataría.

Aquellos largos periodos de soledad eran lo más hermoso que alguna vez experimenté en la vida; en contraste, aquellos efímeros periodos donde

me hallaba en compañía de otros me parecían los más agónicos y horribles.

Amar a otro ser es equivalente a odiarse demasiado a uno mismo como para cometer tal equivocación y hacernos tanto daño.

Y pasa que, entre menos estúpidos somos, más estúpido nos parece todo, sobre todo esta humana existencia.

¡Vaya que el ser es demasiado tonto y necio al continuar ensuciando este mundo con su pestilencia existencia y creyendo que esta tiene un propósito! Pero dejémosle tranquilo con su estupidez y esperemos mejor el día en que la muerte ponga punto final a sus humanos y execrables autoengaños.

Y, si volviera a nacer, con toda seguridad volvería a suicidarme.

Pensar que somos la única especie en el universo es una tontería, pero pensar que somos la especie más evolucionada es la tontería más grande de todas.

No hace falta creer en monstruos, demonios ni entidades más allá de este plano para estar aterrorizados, pues la horripilante y vomitiva existencia en este plano humano contiene en sí ya todo lo necesario para sumirnos en estados de horror absoluto e incluso más.

El silencio de dios es, quizá, la prueba más evidente de que estamos más solos de lo que imaginamos en un mundo completamente gobernado por la injusticia y el sufrimiento.

Tal como están las cosas, los demonios deberían orar y los ángeles suicidarse, pues el caos infinito de cualquier manera terminará por consumirlo todo y el vacío será la única constante.

Las cenizas del fénix se difuminan entre la agonía de ser y la desesperación de existir en una realidad tan blasfema como esta, parasitada por esos putrefactos seres de carne y hueso que pretenden humanizarlo todo. Pero lo único que no podrá disolverse jamás será la muerte, la dulce y eterna muerte que pondrá fin a todo tipo de asquerosas sensaciones y que purificará hasta al último pecador.

Siempre es mejor esperar lo peor, pues al menos así la mayoría de las veces solo confirmaremos nuestro pesimismo sin generar falsas expectativas. Y las pocas en que no sea así, recibiremos una grata sorpresa en lugar de una fatídica decepción.

“A veces, la única solución es solo sonreír e intentar ser feliz...”, dijo ella con su característico y estúpido tono optimista. “A veces, la única solución es dejar de existir...”, le respondí yo, mientras consumía el décimo cigarrillo de mi día final.

Nada está ni estará bien mientras tengamos un cuerpo/prisión y continuemos existiendo del modo tan ridículamente humano en que lo hacemos. La única solución, sin embargo, implicaría matarnos para abandonar este abyecto cuerpo/prisión con la ilusa esperanza de existir bajo términos muy diferentes o, en el mejor de los casos, de no volver a existir jamás.

Y, en el escenario más optimista posible, la muerte debería ser el fin de todo.

Algunos veces los deseos de suicidio se incrementan y en otras disminuyen, pero los deseos que siempre permanecen constantes son los de muerte.

El sibilino abismo de la depresión realmente no tiene fondo, pues es tan profundo y helado como un iceberg.

Actualmente, pareciera que con el increíble apogeo de la tecnología también ha sido el apogeo de la estupidez en todo su esplendor, pues ya cualquier idiota pretende ser poeta, filósofo, científico, psicólogo, psiquiatra, escritor, historiador o cualquier otra profesión tan solo oculto detrás de una pantalla y esparciendo más tonterías y desinformación que las que cualquier gobierno o religión haya alguna vez proliferado.

Por supuesto que estamos en una prisión existencial, de eso no cabe ninguna duda. El dilema consiste en qué tanto estamos dispuestos a aceptar nuestra propia esclavitud y hasta donde llegaremos en nuestros irracionales y patéticos autoengaños con tal de no renunciar a una vida que tan solo se compone de dos elementos entre los que oscilaremos consciente o inconscientemente hasta la muerte: aburrimiento y sufrimiento.

Intentamos entender el universo infinito y sus misterios con nuestra patética, pobre y miserable concepción humana. No cabe duda de que somos una raza sumamente inferior y tan solo adjudicable al vómito de cualquier posible divinidad.

A veces sentimos que estamos solos, pero tal sentimiento es incluso una bonita ilusión que decidimos hacernos para no ver la verdad: no solo nos sentimos solos, en verdad lo estamos.

Buscamos cualquier cosa que nos haga olvidar el mayor tiempo posible nuestra miseria y nuestra intrascendencia, ya sea mediante una pareja, un amigo, una droga, un libro, un deporte o cualquier otra bagatela. Pero, al final, no hay escapatoria y la muerte es la mayor prueba de ello, pues estamos condenados al sinsentido, el dolor y el vacío sin importar lo que hagamos, pensemos o digamos.

No puedo amarme ni amar a otros. Y esto es así puesto que me odio a mí mismo tanto como odio a otros. Pero no tengo opción, pues mientras sea humano y esté rodeado de ellos, el odio es todo lo que imperará en mi interior.

Acaso la mejor manera de definir al ser sea mediante la contradicción, pues no cabe duda de que su principal característica es desear con insana vehemencia en el interior lo que tanto condena y repugna en el exterior.

Uno de los mayores misterios de la existencia es sin duda el por qué el ser se aferra con tanto ahínco a ella siendo que no tiene ni idea de por qué está en ella.

El verdadero encuentro con nosotros mismos tan solo se produce en el momento final de nuestra contradictoria existencia, ese donde por unos instantes, quizá, podemos alcanzar un poco de lucidez interna y concebir que todo lo que creíamos importante jamás lo fue.

IX

Toda declaración de pesimismo es, en realidad, un frustrado optimismo suicida.

Tal vez creer que las cosas estarán bien y aferrarnos a ello de manera tan necia es el mayor delirio que alguna vez hemos padecido todos, aunque la vida nos purga de nuestra humana estupidez precipitando sobre nosotros un sinfín de tragedias y agonías ante las cuáles no podemos sino añorar la muerte.

Las infinitas formas de sufrimiento que se hallan contenidas en esta deplorable existencia no son sino la prueba irrefutable de que existir es tan solo una estupidez masoquista.

Al final, los sentimientos y las emociones siempre nos van a dominar. No importa cuánto apelemos a la lógica o al raciocinio, pues éstos cederán en la mayoría de las situaciones donde más los necesitemos y nos dejarán desprotegidos, completamente a merced de los primeros.

Nuestra parte inconsciente supera por mucho a la consciente, de ahí que en infinidad de ocasiones nuestros actos no son del todo claros ni siquiera para nosotros mismos, pues somos guiados por una entidad que habita en nuestro interior y que desconocemos por completo.

Aunque el ser viviera millones de vidas, su estupidez e intrascendencia jamás cesarían; por el contrario, me atrevo a colegir que incrementarían. Quizá por eso solo tenemos esta patética y efímera vida, porque es justo lo

que merecemos para no extender nuestra repugnante esencia hasta límites insospechados.

Simplemente ya no podía esperar ni un maldito segundo más para matarme, pues cualquier cosa en vida carecía ya de todo sentido y se tornaba en una miserable quimera. La muerte era todo lo que me quedaba por conocer y saborear, pues era lo único que aún parecía tener un poco de sentido.

La vagina de la que salimos para entrar estúpidamente a esta sórdida realidad debería más bien ser llamada *la puerta de la más intrascendente miseria*.

Probablemente la humanidad es solo un tragicómico error con el que se solazan entidades superiores que no se atreven a erradicarlo porque les parece demasiado divertido tan grotesco y masivo espectáculo de terrenal infamia, podredumbre y violencia.

La esencia del ser es la hipocresía más aberrante, pues solo así se podrían explicar las absurdas contradicciones a las que este mundo nefando y sus podridos habitantes están sometidos en todos los sentidos.

Fue maldecido desde que nací con la peor de todas las maldiciones: la vida.

No puede haber nada más repulsivo y decepcionante que haber nacido en este mundo, salvo quizá solo sentirse agradecer por ello.

Y pensar que hay personas cuya estupidez es tan elevada que dicen amar la vida por encima de todo sin sospechar que, en realidad, están con esto afirmando que aman ser esclavos de un cuerpo, un gobierno, una religión, miles de corporaciones, un sistema y, sobre todo, de la pseudorealidad/matrix.

Las personas comúnmente se conforman con muy poco y por eso suelen decirse agradecidas con lo que son y tienen en la vida, pero, si lo pensamos bien, esto sería tan solo una confirmación más de su complejo de inferioridad, pues reconocen que eso que son y tienen en su estado actual es lo máximo a lo que pueden aspirar.

¿Por qué debía aceptar mi humana naturaleza con todas sus limitaciones, defectos y errores? ¡No, no debía! ¡Debía repudiarla hasta el tuétano! ¡Debía odiarme y odiar a todos! ¡Debía odiarlo todo! ¡Debía, en última instancia, matarme tan pronto como pudiera! Pues, siendo sensato, yo jamás pedí venir a este mundo ni mucho menos ser humano.

Jamás he querido existir, esa es la verdad. Me arrepiento de todo lo que he dicho, hecho y sentido, y lo que no también. Nunca me ha interesado esta existencia y estoy cansado de fingir lo contrario, estoy harto de mí y del resto. Nunca más quiero volver a saber nada de este mundo ni de los seres que lo habitan, mucho menos de mí. Lo único que pido es que, al suicidarme, no vuelva a existir en ningún plano, dimensión o universo jamás.

Y puede que tal vez solo continuemos viviendo por pura inercia, pero sin sueños, ganas ni deseos ya de nada. De ser así, creo que nuestra muerte sería incluso más vida que muerte.

Creo que he llegado a mi límite, pues realmente ya no soporto a la humanidad. Me molesta todo, que me hablen, que me pregunten cosas, que me vean. Tan solo quiero desaparecer por la eternidad, irme a otro mundo donde no haya personas. Quiero estar solo y en verdad odio a todos por ser tan estúpidos y absurdos. Odio esta asquerosa realidad y este nauseabundo cuerpo que juntos forman la prisión perfecta. Odio haber nacido, porque ahora debo preocuparme por matarme. Y, en fin, creo que moriré en los brazos del inmenso odio que siento conquistar cada recoveco de mi ser cuando pienso en que no me suicidaré al anochecer.

Creo que en verdad odio ser yo, pero quizás odiaría más ser alguien más.

Nada ha cambiado hasta ahora ni cambiará mi postura sobre la vida, pues cada mañana que despierto mi percepción es que estoy siendo humillado y torturado física, espiritual y mentalmente. En fin, ¿cómo no sentirme así si la miseria y el sinsentido son lo único que impera en esta existencia infernalmente repugnante y banal?

Si la vida no fuera algo detestable, tal vez podríamos tener opción de elegir si estar en ella o no. Pero tal no es el caso y desde ahí ya podemos percatarnos de la ridícula y horrible imposición que vivir significa. Simplemente no tenemos elección, somos forzados a existir sin tener en cuenta si queremos o no hacerlo. Entonces, por lo menos, deberíamos poder elegir si queremos o no seguirlo haciendo.

Quizá si no fuéramos obligados a existir, si se nos diera a elegir si realmente queremos o no vivir sabiendo de antemano todo lo que implica, podríamos tomar una decisión más acertada. Así, las personas que estén dispuestas a tolerar todo este sufrimiento, aburrimiento y miseria serían las que vivirían. Por otro lado, aquellas que no, sencillamente no existirían jamás. Sería entonces un buen y justo sistema existencial, aunque tal cosa es solo una fantasía.

Así es la naturaleza del ser humano: vil, pusilánime y corrupta. Negará frente a otros e incluso condenará aquello que, en soledad, a las sombras y en el interior, amaría poder hacer.

Amamos a aquellos que nos lastiman y rechazamos a aquellos que nos aman porque en el fondo somos masoquistas emocionales. No buscamos a alguien que nos proteja de nosotros mismos, sino todo lo contrario: a alguien que nos flagele con más intensidad que la propia. Así es la naturaleza del ser y así será por siempre.

Cuando pienso en mi yo actual, no puedo evitar pensar en suicidarme. Pero cuando pienso en mi yo de antes, no puedo evitar un profundo deseo de jamás haber nacido.

De hecho, todo aquel que salve o perpetúe una vida es un auténtico demonio. Así pues, los médicos, paramédicos, enfermeras y similares serían los auténticos enemigos de la razón.

¿Por qué debemos pretender que somos buenos cuando en el fondo lo que deseamos es ser malos? Ese es el problema de esta existencia, que incluso debemos reprimir nuestra auténtica esencia porque alguien o algo ha dictaminado lo que es correcto y lo que no.

Por suerte, sin importar cuán estúpidos creamos ser, siempre habrá alguien que nos superará. Eso ya es un consuelo dentro de este inmenso desconsuelo existencial.

Tal vez lo que en realidad nos atemoriza tanto de morir no es lo que pueda pasar, sino lo que pueda no pasar.

Cuanto daño nos hacen las cosas que no son reales, pero quizá no tanto como las que sí lo son.

¡Pobre e inmunda criatura es el ser humano! Vagando sin sentido alguno en el sinsentido universal y en el caos existencial, autoengañándose con cualquier bagatela que le permita olvidar su miseria y matizar un poco su vacío, pretendiendo que puede saberlo todo cuando en realidad no sabe nada.

Vivimos en una distopía llamada civilización que nos esclaviza al mismo tiempo que nos protege, y cuya única forma de libertad verdadera es el suicidio.

¡Qué desesperante es relacionarse con los infames monos de este mundo! ¡Todo lo que hacen dicen y son es una absoluta estupidez! ¿Acaso son tan tontos que no pueden percatarse ni un poco de las mentiras que le dan a forma a su supuesta existencia? O tal vez lo saben, pero prefieren continuar en tal engaño, pues, de otro modo, ¿tendrían motivos para seguir respirando?

X

Y, en muchas ocasiones, pareciera que tan solo la irrealidad de nuestro interior hace mínimamente soportable lo que supuestamente es la realidad exterior.

Pasaba que, en mis más infelices momentos (por cierto, muchos), la única sensación que me hacía sentir un poco menos infeliz era la de suicidarme.

Lo único que añoraba era no estar más aquí: en esta realidad, en este mundo, en esta sociedad, en esta casa, en esta escuela, en este cuarto, en este cuerpo...

En realidad, estamos más adoctrinados de lo que creemos, pues la fuerza de la pseudorealidad/matriz está más allá de nuestra limitada imaginación. Siendo así, lo único que nos queda es rezar porque, de alguna manera, toda esta blasfemia existencial sucumba lo más rápido posible.

Somos malvados y nuestro ego siempre nos impulsará a ello. Nuestra esencia como humanidad es el egoísmo y la crueldad, el gozo del sufrimiento ajeno para matizar un poco nuestra recalcitrante miseria. Por eso tenemos este mundo, pues es el que precisamente merecemos y el que mejor nos describe. No importa qué forma de gobierno impere ni qué ideologías se adopten, al fin y al cabo, la humanidad siempre ha sido y será el único problema.

A veces, me pregunto si realmente las personas necesitan ser adoctrinadas y controladas por élites o razas superiores, pues pareciera que incluso sin estos elementos la humanidad es por defecto una raza hecha para la esclavitud y la estupidez.

Hoy ha sido otro de esos días donde lo único en lo que pienso es en cuánto odio este mundo y a las personas, así como en matarme y en la inexistencia absoluta. Ya van varios días así y las sensaciones no cesan; de

hecho, es algo tragicómico, pues ya ni siquiera recuerdo hace cuánto fue el último día que no fue así.

¡Cuánto deseaba ahogarme! ¡Ahogarme para siempre en el dulce océano de la muerte! ¡Ahogar mi nauseabunda esencia en un abismo de donde no pudiera volver a emerger jamás! ¡Ahogar todo lo que fui, soy y seré en un último impulso suicida!

Me rindo... Me es imposible tolerar, amar o sentir compasión por seres tan ruines, imbéciles y absurdos como los humanos. Lo único que quisiera es odiarlos, masacrarlos y torturarlos hasta que sus mundanas almas entraran entre gritos pavorosos a un infierno peor que este.

¿Cuál es la fórmula para no enloquecer en esta putrefacta realidad humana? ¿Alguien conoce el secreto para evitar la autodestrucción mental padecida cada día por el infinito despliegue de miseria que impera en esta nefanda civilización?

Definitivamente hubo un error cuando se creo al ser... ¡Uno no, miles de ellos! Es más, la creación del ser fue completamente un error.

¿Hasta cuándo arderá toda esta patraña llamada humanidad? ¿Hasta cuándo continuará este ciclo absurdo de vida y muerte a la que estamos sometidos en esta patética realidad? ¿Hasta cuándo cesará el ridículo y torpe andar de los máximos representantes de lo absurdo?

Si hubiera una manera de escapar del mundo, de la realidad y de mí, la tomaría sin pensarlo. Pero no, pues la mayor condena es precisamente esa: ser prisionero de todo, especialmente de un cuerpo.

La verdad es que no necesitamos casi ninguna de las cosas que consumimos y ambicionamos diariamente, lo hacemos tan solo porque eso nos hace sentir mínimamente vivos y un poco menos vacíos en nuestra infinita e imperante miseria.

De hecho, más comúnmente de lo que se piensa las relaciones de amistad o de pareja terminan perjudicando nuestra relación con nosotros mismos más de lo que se cree. Así pues, no relacionarse con nadie resulta altamente indispensable en nuestra senda hacia la divina catarsis del suicidio.

Si no se ama, se sufre; pero, si se ama, se sufre aún más. Entonces preferible no amar y entablar con la soledad una tregua de beneficio mutuo.

Con tal de no volver a existir jamás, daría todo lo que tengo. Intercambiaría todas mis vidas pasadas, la presente y las futuras con el único propósito de no volver nunca a ser.

Nada más placentero que un gran despliegue de pensamientos pesimistas para contrarrestar un poco las mentiras optimistas que imperan en la sociedad.

Si tan solo el ser pudiera alguna vez percatarse de la intrascendencia y estupidez de sus actos, querría llevar a cabo tan solo uno último: cesar su repugnante existencia.

Entre la nada y el todo, elegiría mil veces la nada. Pues ¿de qué me serviría tenerlo todo cuando ni siquiera quiero tener vida? Preferiría

entonces mil veces el vacío que más mentiras para soportar lo insoportable.

El ser, con su vomitiva esencia, recalca cada día más lo absurdo de su condición con cada cosa que hace, dice y piensa. Por suerte, tan blasfema criatura se extinguirá en un parpadeo del universo y sucumbirá en los tiempos del olvido eterno.

¡Que no vuelva a surgir nada como esta existencia jamás! ¡Ya hemos tenido suficiente mezcolanza de sufrimiento, miseria e irrelevancia en este efímero accidente llamado vida al que tantos tontos se aferran tan ilusamente!

Las mayoría de las personas, ciertamente, están hechas para ser ovejas y seguir patrones establecidos. Claro que, si hablamos con alguien y se lo decimos abiertamente, jamás lo admitirá e intentará por todos los medios de convencernos de que no es una oveja. Esa es la gran magia de esta pseudorealidad/matrix: convencer a sus esclavos de que son libres. Pero bastará analizar un poco sus tontos pensamientos, absurdas acciones, ridículas reacciones, inútiles creencias y supuestas metas de vida para saber cuán adoctrinados están aquellos pobres títeres del sinsentido.

El día que la humanidad se extinga por completo será el mejor de todos. Ese día, pues, será el comienzo de algo genuinamente hermoso, espléndido y magnificante en todo sentido.

El simple hecho de existir ya implica esclavitud e imposición, sea o no con un fin. ¿Por qué debemos existir si no lo queremos? ¿Qué importa si en otra vida, plano o dimensión elegimos venir aquí? ¿No es más importante lo que sentimos justo ahora? Este hartazgo, repulsión y odio hacia todo lo que es y somos... Si nuestra consciencia actual nos dice que no queremos

existir, entonces verdaderamente somos prisioneros existenciales de una cárcel que, muy probablemente, ni siquiera la muerte pueda destruir.

Las señales siempre estuvieron ahí, pero me negué a verlas todo este tiempo. Hoy, al fin, recolecto todas las piezas de este rompecabezas y todo tiene sentido. ¡Cómo fui tan ciego para no prestar atención a los sublimes mensajes que me indicaban que ya debía quitarme la vida!

Si no existieran la vida en este planeta ni la humanidad, no habría ningún problema en absoluto. Todo continuaría igual: el universo, las galaxias, los planetas y las estrellas seguirían su curso. Así que es hora ya de aceptar que somos jodidamente intrascendentes y que nuestra existencia como individuos y como especie no vale nada.

Cada vez es más estúpido e irreal todo, pero es creo normal. Parece que las cosas se pondrán peor y sinceramente lo único que anhelo ya es no abrir los ojos por la mañana. Al fin y al cabo, esta existencia siempre fue un desperdicio que no pretendo matizar con nada. Es tiempo ya de decir adiós a tantas tonterías y actuar racionalmente por primera vez en mi vida: incrustaré una bala en mi cabeza y todo habrá terminado antes de otro absurdo amanecer.

En vida podemos delirar tanto como queramos y sentir que somos dioses, pero eventualmente llegará la muerte y nos restregará en la cara que no somos sino insignificantes gusanos.

La verdad, solían gustarme más los muertos que los vivos y pasaba más tiempo en el panteón que en mi habitación, pues encontraba mucho más interesante la compañía de los primeros que la execrable esencia de los segundos.

No, te equivocas del todo. ¿Quién te dijo que aún te quiero? ¿Acaso no sabes que ya lo único que quiero yo es la muerte?

Por cierto, nuestro mayor aliado en nuestra irremediable guerra con nosotros mismos no podría ser otro sino el suicidio. Sabemos que contamos con él siempre que estemos a punto de perder el control y lo haremos no por cobardía, sino por sensatez. Será un suicidio reflexivo y no impulsivo, un suicidio de esos que liberan el alma y la purifican de las apestosas garras de la vida.

Realmente estaré decepcionado si la muerte es tan aburrida como la vida, pues cuento con ella como si se tratara de unas vacaciones permanentes en un misterioso más allá donde algo debiera tener sentido, o al menos más que aquí.

XI

La vida es la mayor parte del tiempo puro sufrimiento y, cuando no es así, se torna en infame aburrimiento. Son estos los dos estados que imperan mayormente en ella y que opacan irremediablemente al resto. Siendo así, cabe preguntarse si vale la pena continuar viviendo o si no sería preferible matarse de una buena vez.

De hecho, es preferible nunca haber nacido. Lástima que esa ya no sea una opción viable en nuestro actual y humano estado, pues ahora, viéndonos obligados a estar aquí y realizar todo tipo de actos absurdos y

anómalos, debemos reunir el suficiente valor para destruirnos por completo en un acto final de inmaculada sensatez.

La armonía del vacío se filtra en mi alma cansada ya de tantos días inútiles y me persuade para que tome la navaja, para que sea hoy el día del apocalipsis interno que habrá de catapultarme hacia las flores negras del silencio eterno.

Creemos que las cosas se pueden resolver con la lógica y actuamos con base en ello, pero sin sospechas que nuestra supuesta lógica superior es tan solo una caricatura de los intrincados misterios de la vida, la existencia y el tiempo. Más aún, nuestra esencia está demencialmente limitada y no se nos ha conferido la habilidad de alterar nuestro entorno ni nuestra realidad más allá de meros accidentes del azar.

Menos mal que el ser aún no ha contaminado la muerte con su lamentable humanidad, pues la vida está totalmente plagada de corrupción y vileza, características sobresalientes en el ser.

La habilidad de reproducción en la especie humana no es para nada una bendición ni nada divino; al contrario, debe tratarse de una calumnia de la peor calaña.

Nuestras mentes han sido adoctrinadas desde nuestro nacimiento para adaptarse a esta pseudorealidad/matrix donde estamos destinados a pudrirnos lentamente hasta la muerte. No obstante, somos tan ingenuos y torpes que hasta llegamos a pensar que somos libres, únicos y valiosos. No cabe duda de que la humanidad es una raza demasiado cómica y tan poco evolucionada que fácilmente cede ante sus más bestiales impulsos.

A veces, recomiendo a las personas que crean en dios o en una religión cualquiera. No sé por qué lo hago, pero me sorprende cada vez más el saber lo diabólicamente fácil que es implantar una creencia de algo inexistente en una mente predispuesta a creer en cualquier estupidez que la prive de su libertad.

Gobiernos, religiones, dioses, corporaciones, empresas, redes sociales, noticieros... Claro que todo esto es basura, manipulación y control de masas, y claro que es parte del gran problema. Sin embargo, no es todo esto en sí el problema principal; lo que sí lo es somos nosotros, esta raza de esclavos carnales que existen sin ningún maldito sentido.

Ciertamente, mientras exista la humanidad, jamás habrá tregua alguna con la paz y el amor.

Le llamaban cobarde a aquel hombre por haberse quitado la vida, pero tal vez era mejor hacer esto que seguir viviendo en la más absoluta ignominia y la más sórdida intrascendencia, tal y como ellos lo hacían.

Si el ser alguna vez pudiese retirar de su rostro todas las máscaras que usa diariamente, tanto internas como externas, sin duda alguna sería revelada su verdadera naturaleza: la peor monstruosidad alguna vez concebida.

¿Cómo podemos escapar de esta realidad sino mediante el encapsulamiento en nosotros mismos? Y, una vez ahí, ¿cómo escapamos ahora de nuestro interior? ¿Qué pasa cuando ambas cosas son una completa insania? ¿Qué hacer cuando estamos jodidos por fuera y por dentro? ¿No sería entonces esa la señal adecuada para matarnos y desgarrar así todas nuestras máscaras?

De hecho, era altamente deseable que las personas se entretuvieran con cualquier estupidez. Por eso, se les sugería, consciente o inconscientemente, que hablaran de temas tales como la política, la religión o el fútbol, entre otros. Esto era parte fundamental del adoctrinamiento y programación mental que conllevaba a la degradación psicológica y emocional del ser; todo con el fin de hacer de las masas algo cada vez más manipulable, pues las ovejas serían cada vez más ignorantes y se integrarían más fácilmente a la pseudorealidad/matrix.

El tiempo es nuestra mayor agonía y el principal desencadenador de nuestra miseria, pues no importa en qué estado nos hallemos, siempre contribuirá a aumentar en mayor o menor medida la desesperación de existir. Siendo así, ¿qué esperamos para suicidarnos cuando bien sabemos que el pasado es deprimente, el futuro es incierto y el presente jodidamente insoportable?

Asumir que esta existencia tan humana y patética tiene un por qué y un para qué es, con toda seguridad, el más grande autoengaño del ser.

El ser no está destinado a nada y el vacío es su esencia. No podría ser de otra manera, pues cualquier otra significaría una absoluta contradicción.

No hay que dejarse engañar con tantos disparates sobre el sentido de la vida vociferados por personas intrascendentes, el sinsentido es lo único que hay.

Ciertamente, no debemos hacer nada en este mundo ni tenemos misión alguna. Podemos entretenernos con muchas cosas, eso sí. Pero, al final, estaríamos mintiéndonos a nosotros mismos, más de lo que ya nos mentimos, si no admitiéramos que el suicidio siempre será lo mejor.

Podemos intentar huir de todo y de todos, excepto de nuestra propia mente. Y eso, desgraciadamente, es el mayor castigo existencial de todos.

Nada mejor que salir a las calles y contemplar a la humanidad para deprimirse y arruinarse el día.

Ya casi no veo películas, series ni documentales; nada, de hecho. Pues me parece que todo es tan ridículo y absurdo, solo un gran método de adoctrinamiento masivo que sobrecarga el subconsciente con ideologías de lo más nauseabundas.

No hay esperanza más allá del suicidio, eso lo sé muy bien. Cualquier otra actividad que hagamos estará envuelta en el interminable ciclo del aburrimiento y el sufrimiento, y así hasta que decidamos actuar con sensatez y hundir la navaja en nuestra garganta.

Al apocalipsis ya ocurrió hace mucho tiempo y se llamó *creación de la humanidad*.

Da igual si vivimos o no en una simulación, eso no cambia absolutamente nada, pues la realidad seguirá siendo igual: insoportablemente absurda y jodidamente inmunda.

¿Cuándo la existencia se tornó en algo tan deprimente y horroroso? O ¿es que siempre ha sido así y era yo quien había estado ciego todo el tiempo? Ahora solo puedo sentir como enloquezco, como mi mente se deteriora y mis sentidos se difuminan en un profundo mar de lágrimas y sangre.

La única cosa buena en la vida es que irremediablemente se terminará algún día. De hecho, la muerte es la única certeza que tenemos en este pantano de insustancialidad infinita. ¿Por qué temerle o evitarla? Quizá porque somos más estúpidos y necios de lo que creemos.

Seguramente todo se pondrá peor, pues esa es la principal característica de esta existencia infame. Por lo tanto, ser optimista es tan solo ir en contra del ritmo natural de las cosas. Por el contrario, ser pesimista es estar en sintonía con el orden universal de las cosas.

Quien no se mata una vez habiendo experimentado la desesperación de existir en todo su esplendor, tan solo puede terminar en dos lugares posibles: el manicomio o la cárcel.

Perdí mi razón, mi cordura, mi esencia, mi vida y hasta mi muerte en el patético y humano intento de descubrir el porqué de ser.

La mayor parte del tiempo todo es sufrimiento en cualquiera de sus formas: físico, mental, emocional o espiritual. Y, cuando no es así, es porque hemos alterado nuestra percepción de realidad de algún modo, sea con drogas, alcohol, sexo o cualquier otra banal forma de entretenimiento. Pero, al final, siempre estaremos condenados a volver a nuestro estado natural: el doloroso sinsentido de vivir.

No demasiado lejos del infierno se halla otro mundo aún peor donde las personas pasan sus vidas en la infernal rueda de la cotidianidad y el hastío, donde el sexo y el dinero imperan por encima de todo y donde cualquier posible sentido es solo una quimera. Tal mundo parece ser solo una vomitiva contradicción del caos, aunque lo que resulta realmente curioso es que sus habitantes jamás puedan siquiera atisbar las mentiras el adoctrinamiento que solidifican la pseudorealidad.

Manifiesto con cada átomo que conforma mi trastornado ser que me hallo perdido en la infinita oscuridad de la incertidumbre existencial. Asimismo, tampoco tengo ya ningún interés en continuar divagando en este sinsentido llamado vida. Así pues, buscaré por todos los medios a mi disposición poner fin a tan ridículo acto. Pero, mientras tanto, tan solo puedo recostarme en mi cama, apagar la luz y hundirme en mi dulce pesimismo hasta quedarme dormido e imaginar que despierto en otra realidad que es, al fin, bella que mis sueños...